



Ilustración: LETRAS LIBRES / Gabriel Martínez Meave

TRAGICOMEDIA EL PRD EN TEBAS

El Partido de la Revolución Democrática (PRD) se parece a Edipo: asesina a su padre—el Partido Revolucionario Institucional (PRI)— y se acuesta con su madre —la Revolución Mexicana (RevMex). Mejor le quedaría llamarse *PRDipo*.

Bueno, no se parecen en todo. Como se sabe, Edipo, empeñado en evadir las abominaciones que le augura el oráculo, abandona el palacio de sus padres en Corinto y huye hacia Tebas. Desde luego (porque así son los ocurientes dioses), Edipo ignora que es hijo adoptivo y que sus padres biológicos son, precisamente, los reyes de Tebas. Por lo mismo, ignora que el señor al que mata en la encrucijada es su verdadero padre, y que la viuda que lo mete a su cama es su verdadera señora mamá. El PRD, en cambio, mata al PRI y se acuesta con doña RevMex no sólo con clara conciencia de lo que hace, y a sabiendas de que se trata de sus progenitores, sino que lo hace con honestidad valiente.

Edipo y el PRDipo tampoco se parecen en otro detalle: la pareja formada por Edipo y Yocasta (a la vez su señora y su señora madre) es bendecida con sólo cuatro hijitos que se quieren mucho, mientras que el PRDipo y doña RevMex —fertilidad doblemente revolucionaria— no procrean hijitos: engendran tribus, decenas de tribus que se odian,

conformadas cada una por decenas de líderes, que se odian, y cuyo único objeto en la vida es matar cuanto antes a su señor padre y meterse pronto a la cama con su señora madre.

Esto se desprende del formidable monólogo catártico que Adolfo Gilly, miembro destacado de la tribu cuauhtemoquista (recientemente asesinada por el PRDipo), publicó en *La Jornada* del pasado 3 de marzo. Acusa a varios camaradas (es decir, enemigos) de haberse coludido con Carlos Salinas en 1988 para despojar de su triunfo a Cuauhtémoc Cárdenas, paladín del “nacionalismo revolucionario” (y primer PRDipo). Además de Manuel Camacho, Gilly menciona entre los camaradas que dieron ese “golpe de Estado” a Marcelo Ebrard, René Bejarano, Socorro Díaz, Federico Arreola, José Guadarrama, Yeidckol Polevnsky,¹ Zeferino Torreblanca, Fernando Martínez Cué, Pablo Salazar Mendiguchía y “un contorno de figuras venidas de la izquierda” que “quieren creer” en Andrés Manuel López Obrador (AMLO).

Pero no sólo los acusa de haber conspirado, sino de, por contagio, ser corresponsables de los muchos muertos que ha llorado el PRD:

... los cómplices, los encubridores, los altos funcionarios de los

¹ Yeidckol no es personaje de tragedia griega, sino de novela inglesa: *Yeidckol y Mr. Hyde*.

gobiernos y del régimen del PRI que entonces los hizo matar o solapó sus muertes, están ahora en el grupo compacto en torno a la candidatura de AMLO. Y esos muertos matados, igual que los muertos mineros, claman al cielo y nos reclaman a los vivos.

Dado que estas personas jamás abjuraron de su lealtad al PRI, y son ahora los “operadores políticos” del nuevo avatar perredípico, Gilly propone que se trata de una bien urdida maniobra del PRI para fortalecer a ese PRI:

Como lo vienen diciendo tantos desde todos los ángulos, el que ahora reaparece en los usos y costumbres internos y externos del PRD de estos tiempos, es el PRI de siempre, con su corporativismo, su clientelismo, sus acarreo, sus elecciones internas con reparto de despensas, compra de votos y compromisos de clientela. Reaparece también con la multiplicación de políticos y caciques apenas salidos del PRI en las candidaturas del PRD en todo el país.

Que esta conspiración funcione, sensateza Gilly, obedece también a que la maceta del PRD estaba más que dispuesta a recibir esa mala semilla, fortalecerla y engordarla:

El PRD es hace rato un partido exclu-

sivamente electoral y parlamentario. No organiza a nadie en el movimiento social ni le interesa hacerlo. No es su problema. Su actividad de oposición o de denuncia se concentra en las tribunas del Congreso de la Unión, allá lejos entre ellos. Sus propuestas se limitan al terreno de las políticas públicas: vótenme, y desde el gobierno yo haré esto y lo otro. Pero no se organicen: yo lo haré por ustedes, dicen los candidatos a diputados, senadores, regidores, alcaldes, asambleístas y presidente. Ese es el mensaje, hasta el hartazgo, de todos los carteles y las pintas de la elección interna. El PRD no tiene militantes, ni vida interna, ni discusiones de ideas o de programas. Tiene activistas pagados (transitorios), funcionarios y aspirantes a cargos electivos (estables) y asesores (intercambiables).

¡Dioses! Y esa semilla floreció en AMLO, que para Gilly es el embajador del “neoliberalismo social”, un émulo del echeverrismo, un descendiente ni más ni menos que de Tomás Garrido Canabal (¡la computadora—que sabe historia—se empeña en corregir ese apellido como “caníbal!”), y la estrella reencarnada del gran *show* populista “de esos años 30”, de donde

vienen la coreografía y la escenografía de los actos del PRD en el Zócalo, con la doble valla metálica que corta por la mitad a la multitud y dentro de la cual camina solitario el Jefe hacia la gran tribuna de la plaza.

En suma, se trata del estilo tumultuario que rige la devoción de las masas organizadas a su líder. Un estilo que Luis González y González adjudicó al general Lázaro Cárdenas del Río, el “Señor del Gran Poder” (aunque a diferencia de don Luis, Gilly escamotea el nombre sagrado. No importa: ése es el estilo y ése es el hombre).

La contundente diatriba de Gilly se prestigia por esa autoridad paradójica de los viejos combatientes que vaga-

bundean por los caminos en completa soledad. Lástima que, como Tiresias (el vidente que le advirtió a Edipo lo que iba a sucederle), a Gilly ya nadie le haga caso. Sus peticiones de autocrítica “sincera” le merecieron una catarata de indiferencia, apenas sazonada por un par de pescozones propinados por vocales de otras tribus. (Una de ellas, de un señor Ramírez Araujo, merece citarse: “Lo que hacen los afiliados del PRD no es lo que hace el PRD, pues se trata de un partido sin disciplina interna, sin afiliación comprometida con la organización política pero sí a políticos profesionales que manipulan a los afiliados que, estrictamente hablando, no lo son.”) Pero ni los acusados, ni sus editorialistas, ni los esperanzados intelectuales que pueblan templetos y hacen valla dijeron nada. Es una pena, porque lo que dice nuestro Tiresias es más cierto que nunca, y más triste en la medida en que el PRI—en su avatar de PRDipo—, se prepara para retomar el poder. Así, la voz del nuevo profeta desarmado concluye:

Por razones éticas, sin las cuales no existe izquierda alguna, por motivos morales si se prefiere así, no votaré por Andrés Manuel López Obrador ni por ninguno de sus candidatos.

No se puede olvidar, como en toda buena tragedia, el ingrediente de la hubris. Que Gilly viniera a descubrir el verdadero rostro del PRDipo sólo cuando su tribu fue asesinada es conmovedor. Una de las razones por las que ya nadie le hace caso es que él mismo no hizo caso a quienes, desde hace muchos años, “desde todos los ángulos” (no pocas veces desde las páginas de *Plural* y de *Vuelta*), recomendaban a la izquierda que practicara la misma autocrítica que ahora él exige, y le advertían del daño que le haría a la democracia mexicana carecer de una izquierda inteligente, lo que hoy lamenta. Mejor que nadie, Gilly debería saber que la amnesia es requisito de su partido.

El drama narrado por Gilly incluye un último giro, realmente digno de

Sófocles: un enérgico reproche al nieto del “Señor del Gran Poder”, actual gobernador de Michoacán, Lázaro Cárdenas Batel, por haber declarado que el 6 de julio va a votar “seguro, segurísimo” por AMLO. Candidato a Edipito, Batel “asesina” a su padre y a su Tiresias. Les deja como única alternativa buscar, como Edipo, al culpable original de todo el drama. Ya no tendrá caso que, al descubrir que ellos mismos están entre los responsables del error que ahora los asombra, se saquen los ojos: la ceguera ya estaba ahí. Muy pronto, como a muchos otros, y desde luego a su PRD, AMLO habrá de enviarlos al exilio. Hecho eso, restaurará a la casa del PRI en el trono de Tebas. —

— GUILLERMO SHERIDAN

HOMENAJE

JORGE EDUARDO EIELSON (1924-2006)

La dolorosa desaparición física de Jorge Eduardo Eielson, ocurrida el 8 de marzo en Milán, es una enorme pérdida para la poesía y el arte en sus más variadas manifestaciones, no sólo para el Perú, sino para toda América Latina y aun para Europa, a cuya vida cultural estuvo tan ligado por más de medio siglo. Como si eso fuese sólo poco, el hecho significa además el fin de una rica aventura intelectual y espiritual que pasó por muchas fases, absorbió numerosos influjos y los procesó de un modo muy personal y creador; es decir, entabló un infinito diálogo estético con el arte del pasado y del presente, del Perú y del mundo, y lo hizo además—lo que es digno de admiración— con una modestia y una serenidad interior muy poco frecuentes.

A pesar de eso, no muchos están familiarizados con su obra porque Eielson es un caso muy singular y paradójico. Entre los poetas hispanoamericanos del siglo XX, puede con-



Jorge Eduardo Eielson,
Ceremonia ancestral IV, 1987.

siderársele como uno de los más prolíficos, pero su obra ha tenido una difusión tan reducida que apenas si supera un nivel marginal, por lo menos hasta años recientes. Aunque el autor ha pasado la mayor parte de su vida en Europa (París, Roma, Ginebra, Cerdeña, Milán) y fue siempre un modelo del espíritu moderno y cosmopolita, permaneció fiel a las formas míticas de origen precolombino que constituyen el verdadero horizonte de su imaginación. Asimismo, es muy significativo que, siendo el heredero más cabal e innovador del legado “histórico” de la vanguardia por su indeclinable voluntad experimentadora, lo haya hecho a su modo y por cuenta propia, sin afiliarse—salvo al principio y muy ocasionalmente— a ningún grupo o movimiento. A través de las metamorfosis de su producción, mantuvo la misma radical disidencia estética frente a todo.

Su obra es múltiple y hace de él un creador completo, pues abarca prácticamente todos los campos de la actividad artística: poesía, novela, teatro, crítica, ensayo, crónica, pintura, escultura, instalaciones, *performances*, “acciones” y otras expresiones o gestos estéticos difíciles de clasificar. La facilidad y la rara destreza con las que Eielson pasaba de uno a otro campo y los enriquecía mutuamente lo califican como un verdadero paradigma de la integración de las artes. Usó el lenguaje escrito, el oral, el visual o el gestual como simples facetas de un mismo impulso que parece surgir de una especie de estado de gracia poético que tiene cualidades proteicas: todo es arte, todo es poesía. Seguramente por eso tituló *Poesía escrita* (Lima, 1976; México, 1989; Bogotá, 1998) su primera gran recopilación, lo que irónicamente subrayaba que la poesía se escribe, se pinta, se representa, se dice, se piensa y, sobre todo, se vive como un supremo acto de transformación de la vida tal como nos es dada.

Sus libros, sus telas y sus actos muestran, además, la huella que le han dejado el budismo zen, la música (de la clásica al jazz y la electrónica), la física cuántica, la nueva biología y otras disciplinas, lo que prueba su insaciable voracidad intelectual. Eielson nunca reconoció géneros ni límites de ninguna especie, porque no seguía otras reglas que el riesgo calculado, la exploración constante y la búsqueda obsesiva de la huidiza perfección. Por eso hay que tomar el título *Arte poética* (Lima, 2005), su más amplia y reciente recopilación, en el doble sentido de contener el arte de un poeta y la poesía de un artista, ambos regidos por una misma poética.

Eielson pertenece al importante grupo peruano llamado “la generación del 50”, del que también forman parte Javier Sologuren, Carlos Germán Belli, Blanca Varela y otros. Aunque compartió con ellos aventuras juveniles y sus inicios literarios, pronto se alejó físicamente del Perú (llega a Europa en 1948) y realizó la mayor parte de su obra desligado de esa generación. Es posible suponer que ese hecho haya favorecido dos rasgos clave de su evolución: la marginalidad y la radicalidad estéticas de su mundo imaginario. Tempranamente supo asumir el arte como la vía suprema para dar la más alta dignidad a la vida; el título de uno de sus libros suena como un lema: *Vivir es una obra maestra* (2003). Tanto su obra poética como la visual giran alrededor de ciertas imágenes que encarnan el permanente dilema entre la conciencia de la caducidad y la aspiración de alcanzar lo que está siempre más allá. Las grandes líneas de su periplo muestran que, en términos generales, ha evolucionado de un lenguaje suntuoso y cargado de emblemas prestigiosos hacia un intenso despojamiento formal y una gran austeridad conceptual que tocan los límites mismos de la palabra y la inercia nihilista. Pero la verdad es que el conjunto de su obra revela que el autor no avanza ni retrocede, sino que se transforma a través de ciclos o series recurrentes. En cada fase Eielson repasa, amplía y renueva lo ya intentado para lanzarse a nuevas experiencias; son

series abiertas como una espiral, siempre en proceso.

Su producción puede considerarse un vasto arco que—dejando de lado obras que fueron conocidas a destiempo— comienza con el célebre *Reinos* (1945), la separata que es hoy un objeto de culto por la incomparable perfección verbal y el altísimo refinamiento imaginal que ya mostraba un poeta que, cuando lo escribió, tenía veintiún años o menos. Eielson se fue apartando de esa poesía que era una pasmosa síntesis de toda la tradición clásica, moderna y contemporánea, con nítidos acentos de Rilke y Rimbaud, tan rápida como decisivamente, pues ya a partir de *Doble diamante* (1947), pero sobre todo desde *Tema y variaciones* (1950), su primer conjunto escrito en Europa, es otro poeta. Y luego será otros más, muy distintos entre sí, para seguir siendo fiel a sí mismo y a su constante búsqueda de nuevas y arriesgadas aventuras creadoras.

Lo mismo ocurre con su producción plástica, que acompaña la literaria desde el comienzo, y que pasa del inicial influjo de la vanguardia a las formas asociadas con el *Pop Art* norteamericano, el *Arte povera* italiano y otras estéticas que subrayan lo “matérico”—los objetos reales mismos en vez de su representación—, pero moviéndose siempre en círculos y buscando inspiración en los iconos ancestrales que provienen de las culturas del antiguo Perú, sobre todo el de su arte textil y los “quipus” incaicos. A lo largo de varias décadas hizo incontables versiones y variantes de esos “nudos” que le permitían jugar con los elementos de tensión, color, volumen y textura. Eielson llegó a establecer una asombrosa conexión entre el diseño hexagonal de las redes de las remotas culturas de la costa con el del código genético establecido por la nueva biología, lo que confirmaba su noción de que lo viejo y lo nuevo, el arte y la ciencia, formaban parte de un mismo movimiento de búsqueda en el que él se comprometió a través de lo que puede llamarse “poesía cósmica”: un esfuerzo por tocar ese punto inalcanzable en el que todo se funde en un

solo acto creador fuera de los límites y las contingencias.

Ésa es la gran visión que nos ha dejado Eielson, auténtico talento con vocación universal, tan europeo como peruano, y tan notable por la audacia de sus proyectos como por su sencillez personal. Su legado es, pues, de sustancial importancia para todos. —

— JOSÉ MIGUEL OVIEDO

CREACIÓN

INTEMPESTIVO SERMÓN SOBRE ÉTICA DEL ARTISTA

Es muy difícil lograr y conservar cierta serenidad y cierta autonomía si uno es artista. El arte como trabajo tiene su mala hierba. En él se esconde, entre sus muchas alegrías, una serpiente, un tóxico: el deseo omnipotente de fama y mérito. Es un anhelo sutil, tan sutil que parece que se filtra en el deseo mismo de pintar, escribir, filmar, componer música, actuar en el teatro. Porque cada pincelada, cada cláusula o cada paso de baile, cada toma de la película parecen pregonar dramáticamente quién soy yo y someterme a juicio. ¿Soy buen artista, tengo talento o no, no lo tengo? Una forma semejante de tortura sufren hoy en día científicos e historiadores, filósofos y políticos.

La fama está ligada a concebir la vida social como enfrentamiento, competencia o concurso. Hay que ganar, es decir, sobresalir, destacarse, alcanzar renombre. De esta manera, son los otros los que nos dicen quiénes somos, y por una especie de concurso. Y así es como, en el campo del arte y la cultura, el ambiente con frecuencia se enrarece y se convierte en ese avispero insano donde zumba el odio verbal de unos contra otros.

Sin embargo, ¿es inevitable el anhelo obsesivo de reconocimiento y fama si nuestro trabajo es artístico o intelectual?

Creo que no. Pero para examinarlo

empecemos distinguiendo lo que no es vanaglorioso e ilícito, sino sano y lícito esperar de una producción intelectual o artística; diferenciémoslo de lo que es ilícito o ponzoñoso esperar. La distinción que voy a bosquejar no es mía, la debo a Alistair MacIntyre.

Es enfermizo y no lícito que el creador intelectual o artístico sueñe obtener con su trabajo cualquier grado de fama o gloria, premios de cualquier clase, poder, celebridad acompañada de dinero, viajes, hoteles de lujo y demás. Y sobre todo la posibilidad de sobresalir, es decir, de ocupar un lugar superior y privilegiado sobre los demás.

Pero entonces, ¿es la dedicación a las ciencias, las humanidades y las artes, desde este punto de vista, ilícita? ¿No es lícito tratar de hacer una obra de arte, de investigación científica o de ciencias humanas, que trate de ser admirable? No, eso sí es lícito.

Es lícito tratar apasionadamente de realizar un trabajo que los conocedores en la materia aprecien o lleguen a apreciar como modelo, y que alcance esa condición de modelo de perfección en lo ya explorado, o modelo que abre nuevos caminos en el desarrollo del campo al que pertenece. Todo desvelo, toda insatisfacción y esfuerzo en este orden es lícito.

Un intelectual o artista puede haber logrado hacer una obra magistral en cualquier medio sin alcanzar los otros fines —celebridad, premios, riqueza, etc. Y puede suceder también, dada la ambigüedad del trabajo artístico e intelectual, que la alcance sin darse cuenta él mismo de que lo ha logrado.

Los fines equivocados e ilícitos los impone la publicidad. La codicia de fama universal es ajena al mundo no ya de la disciplina cultivada, sino aun de los medios académicos, del arte y de la cultura, y se distingue por ser insaciable, es decir, su perturbación no puede calmarse. Pero, me parece a mí, es muy difícil, casi imposible, no entrometer los fines impuros cuando se quieren alcanzar los propósitos legítimos del artista y del intelectual.

Cuando menos a mí, lo confieso,

me cuesta trabajo tratar de hacerlo. Por eso he escrito una pequeña oración que he llamado, no sin algo de arrogancia absurda, “Oración del artista”. La oración dice así:

Señor: concede que mi trabajo tenga cierto mérito artístico e intelectual, cierta sutileza y verdad. Y si eso no sucede, Señor, concédeme humildad y sabiduría para aceptarlo con alegría.

Para terminar, unas observaciones sobre la oración. Se dice en ella “mi trabajo”, no dice “yo”. Escribir con arte es un don, un regalo. Hay que mostrarse humilde y agradecido por el don artístico, chico o grande, que nos ha sido dado, y no mostrarse ingrato ni exigente por no haber recibido un don mayor. Cada artista da la flor que le corresponde y todas son dignas de contemplación. Es preciso aprender a aceptar con humildad la posibilidad de que nuestro trabajo sea predecible, mediocre y que no tenga mérito alguno. La humildad, lo sabemos, es siempre difícil para el artista. Hay que entender que no es el fin del mundo si nuestro trabajo es un fracaso, algo de flaco valor. Y para eso se precisa, justamente, la sabiduría.

De hecho, según parece, si está bien encaminado, el artista mediocre y fracasado tiene mayor posibilidad de desarrollo espiritual que el artista triunfador. —

— HUGO HIRIART

GEOPOLÍTICA

EL CHOQUE DE CIVILIZACIONES

Han pasado casi trece años desde que mi colega y vecino, Samuel Huntington, publicó su seminal ensayo “¿Choque de civilizaciones?” en *Foreign Affairs*. Entre los trabajos de profecía académica, ese texto ha sido uno de los ganadores, junto con el ensayo de 1947 con que George

Kennan hizo época, “Las fuentes de la conducta soviética”, sobre las maneras de contener a la Unión Soviética.

“En este nuevo mundo,” escribió Huntington, “los mayores conflictos de la política global ocurrirán entre naciones y grupos de distintas civilizaciones... Las líneas que delimitan la cancha de cada civilización serán las líneas de batalla del futuro.”

La otra gran reflexión del periodo posterior a la Guerra Fría, “El fin de la Historia”, de Francis Fukuyama —publicada en el verano de 1989, antes de la caída del Muro de Berlín— pasó de ser considerada clarividente a demasiado optimista en sólo unos cuantos años. En particular, la sangrienta guerra civil en Bosnia mostró cómo la historia regresa con ánimos de venganza en algunas sociedades postcomunistas.

En contraste, la visión de Huntington de un mundo dividido por antiguas líneas de demarcación cultural parece haber resistido mucho mejor el paso del tiempo. De hecho, la guerra bosnia fue un buen ejemplo de lo que Huntington pensaba, pues constituyó un conflicto localizado precisamente en la línea divisoria entre el cristianismo occidental, el ortodoxo griego y el islam.

Los musulmanes fueron los perdedores en Bosnia, aunque la tardía intervención internacional evitó su completa expulsión del territorio. El punto de vista de Huntington, sin embargo, era que en otros aspectos el islam era una civilización en ascenso, debido a varios factores—uno de los más importantes, la extraordinariamente alta tasa de natalidad prevaleciente en la mayor parte de las sociedades musulmanas. Los ataques terroristas de septiembre de 2001 fueron interpretados por muchos estadounidenses en los términos de Huntington; se trataba de un ataque a la civilización judeocristiana de Estados Unidos a cargo de los fanáticos seguidores de un profeta desdenado tanto por judíos como por cristianos.

Igualmente en ascenso, argumentaba Huntington, estaba el confucianismo, la civilización de China. También

esta predicción ha sido reivindicada por el aparentemente incontenible crecimiento de la economía china. ¿Cómo pueden los chinos contar con lo que parece una dinámica economía de mercado, sin instituciones de estilo occidental como el imperio de la ley y el gobierno representativo? La respuesta fácil es que el confucianismo permite la coexistencia de la economía liberal y la política patriarcal.

El modelo de Huntington se aplica a una impresionantemente alta proporción de las noticias. Cuando jóvenes musulmanes organizan disturbios en protesta contra las caricaturas danesas de Mahoma, parece que se trata de otro caso más de civilizaciones en conflicto. No es de sorprenderse que tantos congresistas se queden perplejos ante la buena disposición de la administración de Bush para permitir que una compañía asentada en Dubái se haga cargo de las operaciones en seis puertos de Estados Unidos: lo sentimos, civilización equivocada. Y cuando el comisario europeo de comercio, Peter Mandelson, anuncia medidas proteccionistas contra las importaciones de calzado chino, también está representando un papel en la gran guerra de culturas: lo que pasa es que esos tenis confucianos están muy baratos.

¿Luchas entre musulmanes nigerianos y cristianos? Hay que palomearle otra a Huntington. ¿Problemas en el Cáucaso? Que sean de una vez dos. ¿Darfur? Tres, y las que vengan. Todo apunta a una conclusión mucho menos tranquilizadora que la de Fukuyama. Lejos de triunfar en 1989, Occidente parece condenado a retroceder frente al doble desafío, no de una, sino de dos civilizaciones orientales.

Y sin embargo, con todo y su seductora simplicidad, nunca he creído por completo en la teoría de que el futuro estará dominado por el conflicto de las civilizaciones. Por mencionar una cosa, el término “civilización” siempre me ha parecido demasiado vago. Sé lo que es una religión, sé lo que es un imperio. Pero, como habría dicho Kissinger, ¿a quién le llamo cuando quiero hablar con

la civilización occidental? Cualquiera que cruce el Atlántico tan frecuentemente como yo, aprende rápidamente cuán vacua se ha vuelto esa fórmula.

Como Robert Kagan afirmaba —en otro gran ensayo estadounidense—, “los estadounidenses son de Marte, los europeos, de Venus”, al menos en lo que respecta a la legitimación del uso de la fuerza militar. De muchas maneras —desde el modo en que practican la religión hasta el modo en que trabajan— los estadounidenses y los europeos están separados por algo más que un océano. En cuanto a la civilización “judeocristiana” (una frase popularizada por Bernard Lewis, otro profeta del gran conflicto), no recuerdo que haya sido una entidad particularmente armoniosa en los años cuarenta.

Pese a todo, el verdadero gran problema con la teoría está justo frente a nuestras narices. Pregunta: ¿Quién ha matado más musulmanes en los últimos doce meses? La respuesta es, por supuesto, otros musulmanes.

Llevo cierto tiempo prediciendo que Iraq podría acabar como el Líbano, elevado a la décima potencia, si la guerra civil que ya tiene lugar experimenta una escalada. El atentado del mes pasado en la mezquita de Samarra se sigue viendo como el gatillo que disparará esa escalada. Cientos de personas mueren cada semana en una ráfaga de asesinatos por represalias, con agitadores como Moktada al-Sadr atizando las llamas del odio desde el principio. El meollo está en que la guerra civil en Iraq no se da entre civilizaciones sino *dentro* de la civilización islámica: entre la minoría suní del país y la mayoría chiíta.

Ahora bien, Huntington es un tipo demasiado listo como para no blindar sus apuestas. “Este artículo no refuta”, escribió en 1993, “que haya grupos dentro de una civilización que entren en conflicto e incluso luchen entre sí.” Pero va más lejos al asegurar que “los conflictos entre grupos de distintas civilizaciones serán más frecuentes, más prolongados y más violentos que los conflictos entre grupos de la misma civilización”.

Incorrecto, lo sentimos.

Es bien sabido que la inmensa mayoría de los conflictos a partir del fin de la Guerra Fría han sido guerras civiles. Lo interesante es que sólo una pequeña fracción entra en el modelo de Huntington de guerras entre civilizaciones. La mayor parte de las veces, las guerras del Nuevo (des)Orden Mundial han sido enfrentamientos entre grupos étnicos dentro de alguna de las civilizaciones huntingtonianas.

Para ser precisos: de los treinta mayores conflictos armados que hasta la fecha persisten o terminaron recientemente, solamente diez u once se pueden clasificar de alguna manera como luchas entre civilizaciones, en el sentido de que una de las partes es predominantemente musulmana y la otra no es islámica. Pero catorce de ellos fueron, en esencia, conflictos étnicos, de los cuales el peor es la guerra que continúa plagando el África central. Más aún: muchos de esos conflictos, que tienen una dimensión religiosa, también son conflictos étnicos: la afiliación religiosa tiene más que ver con el éxito acotado de los misioneros en el pasado que con la pertenencia duradera a la civilización cristiana o musulmana.

En mi libro *Colossus*,¹ argumentaba que los problemas de Oriente Medio no tienen nada que ver con un conflicto de civilizaciones, y sí mucho que ver con la “civilización de conflictos” del mundo árabe, la propensión de su cultura política a resolver las disputas mediante la violencia y no a través de la negociación. Lo mismo se aplica *a fortiori* al África subsahariana.

Dicho esto, no estoy sugiriendo que “el Occidente” tampoco tenga fisuras internas. El antagonismo entre los conservadores de la zona fundamentalista protestante y los liberales secularizados es la grieta más importante en la sociedad estadounidense. China, por su parte, también está lejos de ser una civilización monolítica; allí, la división más importante de nuestra época es la bre-

cha que se amplía exponencialmente entre los ricos burócratas comunistas y los campesinos pobres. Pese a todo, en ninguno de los dos casos parece que los conflictos vayan a transformarse en una guerra civil propiamente dicha.

Así pues, lo que parece más probable es que el futuro traiga múltiples guerras locales –la mayor parte, conflictos étnicos en África, el sur de Asia y el Oriente Medio– en lugar de una colisión global de sistemas de valores.

De hecho, mi predicción sería que precisamente esas tendencias centrífugas, que en la actualidad se dejan ver con más claridad en Iraq, acabarán por desgarrar las civilizaciones identificadas por Samuel Huntington.

En resumidas cuentas, en lugar de “el choque de civilizaciones”, habría que decir “las civilizaciones chocadas”. –

– NIALL FERGUSON

Traducción de Una Pérez Ruiz

TELEVISIÓN

SI SANGRA, VENDE, Y ENTRE MÁS SANGRE, PUES MEJOR

¿Sería fácil para ti, Mauricio, tener novia y ser identificado con esta situación?

Javier Alatorre,

Hechos de la noche

Dicen los que saben, y los que defienden lo que hacen, que el periodismo es el proceso de narrar una historia que tiene un propósito: un propósito en el gesto narrativo y un propósito en lo que se narra. Veamos.

Hace unas semanas Monterrey lanzó al mundo mediático la siguiente historia: un jovencito de nombre Diego Santoy entra a casa de su exnovia, la guapa Erika Peña Coss –hija de una celebridad mediáticoastrológica local–, asesina a los dos menores de la familia, acuchilla a la desafortunada joven, y escapa con la empleada doméstica

como rehén. El asesino reaparece unos días después detenido, con su hermano Mauricio, compañero y encubridor, según dicta de inmediato la corte mediática.

Como toda historia que se precie de serlo, en esta época de verborrea mediática en tiempo real, la narrativa que nos llega desde tierras regias tiene todos los elementos para constituirse en un clásico: un asesino joven; una (ex)novia guapa; dos víctimas inocentes, tanto en edad como en circunstancia; una madre de las víctimas, muy guapa también, que vive de leer en los astros el devenir humano; un padre de las víctimas que también lee en los astros el futuro de los mortales y que predijo la desgracia vivida; un hermano del asesino que enaltece el amor fraterno; un padre del malhechor que da la cara por los hijos... Sangre, pasión, víctimas inocentes, padres y hermanos que lloran frente a las cámaras y, sobre todo, los astros, que se negaron a revelar la tragedia con el tiempo suficiente y el tino adecuado como para prevenirla. Elementos todos que, entretreídos a partir de los gritos y susurros del espectáculo mediático, se articulan en una de esas historias que se vuelven referencia sentida en tertulias y sobremesas.

La corte mediática, esa que juzga, califica y entretiene a su antojo y voluntad, se da vuelo: entrevistas, reconstrucciones, conjeturas, especulaciones, condenas, absoluciones –pero sobre todo mucho llanto, mucha sangre, y un poco más de llanto. La máxima en su máxima expresión: si sangra, vende; y si sangra mucho, vende más.

Vuelvo a ese mes de marzo y veo que sucedieron otras cosas en México y en el mundo: el agua y su escasez; elecciones y reconfiguraciones geopolíticas; deportes y derechos de autor; muertes locales e incursiones aéreas en Iraq; en fin: temas había. Pero tal vez pasaron inadvertidos por quienes arman la agenda noticiosa de las televisoras nacionales en sus espacios de mayor audiencia (esos que parecen confundir, cada vez más, el interés público con el supuesto interés del público): porque casi quin-

¹ Niall Ferguson, *Coloso: Auge y decadencia del imperio americano*, trad. Magdalena Chocano, Madrid, Debate, 2005.

ce minutos (poco menos de la cuarta parte del noticiario) le dedicó Televisa, por ejemplo, una de esas noches, a la historia del regio asesino. Los ciudadanos mexicanos nos enteramos de todo lo que *necesitábamos* saber para seguir siendo: “Señora Coss, ¿dónde se enteró de que le habían matado a sus hijos?”, “¿cómo se enteró?”, “¿qué sintió en ese momento?”, “¿cómo va su hija a reconstruir su vida? Se lo pregunto con la mejor de las intenciones...” En Azteca no se quedan atrás: “Al Asesino de Cumbres lo detuvieron en el baño.” Y por ahí vemos la habitación del asesino, su ropa, su privacidad, para rematar con una bonita referencia: “Esto que sucedió es, casi, casi, como Romeo y Julieta. ¿O no?”

Hace un par de años, un grupo de profesionales del periodismo estadounidense se reunió a revisar lo que estaban haciendo, y cómo lo estaban haciendo. Y se les ocurrió hacer público una especie de manifiesto: “Los periodistas debemos preguntarnos, constantemente, qué información tiene el mayor valor para los ciudadanos. Si bien el periodismo debe ir más allá de temas como el gobierno y la seguridad pública, también es cierto que un periodismo recargado de trivialidades y falsos significados, a final de cuentas, termina por engendrar una sociedad trivial.”¹

Decíamos que el periodismo es el acto de narrar una historia con un propósito. El periodismo (sobre todo televisivo) que estamos padeciendo hoy parece tener un (des)propósito muy claro: enaltecer lo trivial, en el qué y en el cómo, hasta convertirlo en un ruido que aturde y no revela. La tragedia que vive la familia Peña Coss es muy real. La tragedia que padecemos los mexicanos, con el periodismo trivial, morbosos y estridente, también lo es. Pero, ¿alguien todavía se da cuenta? —

— GABRIELA WARKENTIN

¹ El referido manifiesto de principios periodísticos se puede consultar completo en <http://www.journalism.org/resources/guidelines/principles/purpose.asp> (disponible, 20 de marzo de 2006).

LIBERTAD DE EXPRESIÓN LA MENTE CAUTIVA

En *Persecución y el arte de escribir*, Leo Strauss sostiene que a lo largo de los siglos los escritores y filósofos que han sufrido persecución suelen recurrir a la escritura entre líneas. Arte del engaño. Exagerarán las razones de sus persecutores. Se pondrán de parte de la injusticia. Se contradecirán. Dirán que nunca se fue más libre que durante el nazismo. ¿Sabremos leerlos? Cuando el autor egipcio Sayyed Al Qimni anuncia que se retracta de todo lo que ha escrito contra el gobierno, ¿sabremos descifrar su mensaje? En ningún lugar del mundo ser escritor es tan peligroso como en la órbita donde una lectura fanática y reaccionaria de la condición humana ha secuestrado el nombre del islam. Cada obra literaria que se publica en las regiones donde el radicalismo musulmán ejerce el control es un triunfo de la razón, una refutación de la historia universal de la infamia. Esta historia, por supuesto, precede al *affair* Rushdie. En cierto sentido es eterna.

Veinte años antes de que el Ayatolá Jomeini —sus ojos iracundos— tasara en un millón de dólares la cabeza del autor de *Los versos satánicos*, el escritor egipcio Muhammad Said Al-Ashmawi había sido amenazado por cometer el supuesto sacrilegio de interpretar el Corán de acuerdo con su contexto histórico. En enero de 1980 las autoridades egipcias le asignaron a un guardián para proteger su integridad física. Sin embargo, presionado por los sectores radicales dentro del gobierno, el Estado egipcio canceló esa protección. ¿Su solución? Mantenerlo bajo arresto domiciliario, pues las calles de las ciudades egipcias eran demasiado riesgosas para el escritor: El Cairo como una zona minada.

Antes conocíamos el concepto que define esa realidad. Lo llamábamos fascismo, una palabra de raíz latina que designa posibilidades universales. Hoy ya no estamos seguros de nuestro sentido político y moral. ¿Reconoceríamos



Salman Rushdie.

a Hitler? Por las lejanas noticias que nos llegan del Medio Oriente intuimos que hay un mundo donde escribir y pensar son deportes de alto riesgo. Pero ¿qué tanto sabemos? Siempre con Saúl Bellow: “Abrimos nuestros periódicos llenos de información. No sabemos nada.” El caso de Al-Ashmawi es sólo una gota en el mar de la intolerancia religiosa de corte islámico. Los ejemplos se multiplican como si fueran espejos encontrados. Pero los disidentes de las sociedades islámicas no están solos. Los sitios de internet www.elaph.com y www.mettransparent.com están dedicados a divulgar los casos de persecución contra escritores y disidentes.

Allí leemos que Lafif Lakhdar, un intelectual tunecino, ha intentado lo inconcebible. Junto con dos colegas (Jawad Hashim, antiguo ministro de Planeación del gobierno iraquí, y el escritor jordano Shakir Al-Nabulsi) enviaron una carta a Kofi Annan en que solicitaban la creación de un tribunal internacional para juzgar a los líderes religiosos que inciten a la violencia mediante edictos como las *fatwas*. Miles de intelectuales musulmanes y occiden-

tales firmaron la petición. ¿Cuántos escritores mexicanos la habrán suscrito? La respuesta de la ONU fue burocrática: sólo los Estados que integran el Consejo de Seguridad pueden solicitar la instauración del tribunal. Así las cosas, seguiremos atestiguando el triunfo del fanatismo, la victoria de la reacción. Proposición no refutable: el islam habrá pactado con la modernidad cuando ningún escritor sea ejecutado por apostasía.

Edward Said se cansó de repetir que, a pesar de la falta de libertades políticas en Medio Oriente, los escritores seguían hablando de los grandes y pequeños temas de la condición humana: Marcel Proust pudo haber sido musulmán. Hay otra lectura. Los escritores perseguidos en el orbe islámico parecen héroes de Stendhal que, desde su cautiverio, disertan sobre el amor. Mente cautiva: antes eran los Mandelstam, los Sinyavski, los Milosz. Hoy tienen otros nombres que parecen extraídos de los relatos de Sherezada.

Quizás escribir desde la tradición islámica es tocar la esencia de la política. Aunque los escritores disidentes del mundo musulmán hablen de los eternos temas de la literatura (la noche estrellada, los ojos de una mujer, el cielo luminoso del desierto), están condenados a escribir también sobre agresión, terrorismo, imperios, diplomacia: el desalmado lenguaje de la política. Cuando la propia existencia está en peligro, la palabra es arena moral, sueño en libertad. Pese a ello, la imaginación nunca se disipa, la libertad siempre acecha.

En Washington Square, bajo el gran arco, tuve la oportunidad de conversar con un escritor kurdo. Su rostro era venerable, el de quien había sufrido muchas privaciones, visto demasiados sufrimientos. Mientras jugueteaba con un cerillo, me habló de Sulaimaniya, de Thomas Mann, de la blancura de Moby Dick. Lo supe de inmediato. Pese a todos los Ayatolás, la literatura siempre se abre camino. —

— ÁNGEL JARAMILLO

HISTORIA

EL PRESIDENCIALISMO PLEBISCITARIO

El primer dilema constitucional de México fue optar entre la república o la monarquía. Una vez tomada la decisión en favor de la organización republicana, surgió la cuestión de cómo denominar a los titulares de los órganos del poder, en especial al que desempeñaría las funciones ejecutivas.

Hasta entonces la historia de los sistemas republicanos sólo registraba seis denominaciones para los depositarios del gobierno en una república: *cónsul*,¹ en Roma; *podestà*² en las repúblicas medievales italianas; *Lord protector*, en la breve República Inglesa; *estatúder*, en la República Holandesa; *Directorio*³ y *Consulado*, en las primeras repúblicas francesas, y *presidente*⁴ en el caso de Estados Unidos. La nomenclatura era, por ende, muy limitada, y algunas de estas instituciones resultaban anacrónicas o contradictorias⁵ en relación con una república de nuevo cuño. En ningún caso se pensó en la institución republicana del Consulado, tal vez por tener a la vista la experiencia napoleónica. En

1 "Cónsul" era el magistrado que ejercía sus tareas en consejo, en consulta; por eso en la República Romana el gobierno estaba encomendado a dos cónsules.

2 Literalmente, significaba "el que tenía el mando [el poder]".

3 Los primeros "directorios" en Francia surgieron a principios del siglo XVIII, como cuerpos colegiados elegidos por las comunidades para desempeñar funciones administrativas y jurisdiccionales menores.

4 La institución del presidente también es medieval. En Inglaterra se hablaba del "presidente del lugar" (*President of the Land*) desde el siglo XIV, como un delegado del monarca, o como la persona que encabezaba los órganos colegiados (parlamentos o consejos). A partir del siglo XVII su uso se generalizó en las universidades, y en las sociedades académicas, literarias y filantrópicas. En los territorios españoles de América, los virreyes y capitanes generales tenían funciones de "presidente", en las reales audiencias. Así lo establecieron las ordenanzas de Carlos I en los casos de Santo Domingo (1511), México (1527) y Bogotá (1549), por ejemplo. En Estados Unidos la expresión se comenzó a utilizar en las constituciones locales, para referirse al funcionario que presidía las sesiones de los congresos, antes de ser incorporada a la Constitución Federal.

5 Sólo Ignacio López Rayón, en los "Elementos constitucionales", propuso que el gobierno recayera en un "Protector Nacional".

cambio, la idea del Directorio fue considerada; en el Congreso Constituyente de 1824 estuvo presente en los debates.

El sistema presidencial se estableció en México prácticamente por eliminación de las otras opciones propias de una estructura republicana. La diferencia entre las experiencias francesa y estadounidense era clara: la primera había basculado entre el terror y la dictadura, mientras que la segunda había estabilizado la vida de las trece ex colonias inglesas. Con independencia de lo postulado por la doctrina Monroe,⁶ que incluía la proscripción del sistema parlamentario en el continente americano, para evitar la posible afinidad política con Gran Bretaña, México y los demás países del hemisferio independizado de España optaron por el sistema presidencial de manera natural.

Aun así, en los debates constituyentes de varios países recién independizados, antes de hablarse de un "presidente", se propuso la figura de un "director", como reflejo del directorio establecido por la Constitución Francesa de 1795, aunque, a diferencia de ésta, en lugar de un órgano plural (cinco miembros) prevaleció, con pocas excepciones, la idea un órgano singular. No debe olvidarse, por ejemplo, que la Constitución Mexicana de 1814, que eludió adoptar alguna denominación particular para el Supremo Gobierno, previó que éste tendría una integración colegiada. Estaba presente, inequívocamente, la idea del Directorio francés.

En la Argentina, la Constitución de 1814 adoptó al "Director Supremo". Esta figura fue ratificada sucesivamente por las cartas fundamentales de 1815, 1817 y 1819, y sólo en el quinto texto constitucional, de 1826, apareció la denominación del presidente. Otro tanto sucedió en Chile, cuya primera Constitución, de 1818, estableció la figura del "Supremo Director". Esta figura permaneció en las

6 En su informe al Congreso, el 2 de diciembre de 1823, el presidente James Monroe expresó, entre otras cosas: "El sistema político de las potencias aliadas [europeas] es esencialmente diferente [...] del de América [...] Nosotros consideraremos cualquier intento de su parte para extender su sistema, en cualquier lugar de este hemisferio, como una amenaza para nuestra paz y seguridad."

constituciones de 1822 y 1823, y fue hasta la cuarta, de 1828, cuando se optó por la forma presidencial. En Colombia, la Constitución de Cundinamarca, de 1812, previó un poder ejecutivo Colegiado, compuesto por tres integrantes. A su vez, la primera Constitución Peruana, de 1822, adoptó la estructura *directorial*, mediante una Junta Gubernativa integrada por tres miembros. El Uruguay, curiosamente, incorporó la figura presidencial en su primera Constitución, en 1800, y en la de 1852 puso en vigor el modelo directorial, con un Consejo Nacional de Gobierno integrado por nueve miembros. El experimento fracasó, y quince años después restablecieron el sistema presidencial.

La Constitución de Estados Unidos tuvo mucho cuidado al diseñar el procedimiento para elegir al presidente.⁷ Se trataba, decían los constituyentes, de crear una especie de monarca temporal, pero procuraron no darle un poder excesivo. Por eso adoptaron un ingenioso mecanismo para elegirlo: el colegio electoral. Así, la fuente de legitimidad era, en cuanto a los diputados, el pueblo; en cuanto a los senadores, los congresos de los estados, y en cuanto al presidente, un colegio electoral. El poder del presidente no procedía directamente del pueblo, sino de un órgano intermedio. Por eso se registran varios casos en los que un presidente ha sido elegido a pesar de tener menos votos populares que su adversario.

En Francia, en cambio, se introdujo una importante variación al sistema presidencial, porque la Constitución de 1848 acentuó las notas monárquicas del presidente. La Segunda República Francesa fundó el presidencialismo plebiscitario, al establecer que el presidente sería elegido por sufragio universal y que, si ningún candidato obtenía más de la mitad de los votos, la Asamblea designaría presidente, por mayoría absoluta, entre los cinco candidatos más votados. En la prime-

ra ocasión no hubo necesidad de utilizar este mecanismo, luego conocido como *ballotage*, porque Luis Napoleón Bonaparte recibió 5,5 millones de votos, de los 7,8 emitidos. Con él se inició el presidencialismo plebiscitario, que en Francia duró poco, pero que haría larga escuela en América Latina.

Paulatinamente, las constituciones del hemisferio fueron acogiendo la idea de la elección plebiscitaria del presidente. Bolivia la adoptó en la Constitución de 1851; el Perú, en 1856; Venezuela, en 1858; el Ecuador, en 1861; El Salvador, en 1864; Honduras, en 1865; el Brasil, desde su primera constitución republicana, en 1891; Panamá, desde su primera Constitución, en 1903; Colombia, mediante la reforma de 1905 a la Constitución de 1886; el Uruguay, en su segunda Constitución, de 1918. En términos generales, no hubo una gran urgencia, porque se habían encontrado formas para conculcar la facultad electoral de los ciudadanos, manipulando los resultados de acuerdo con la voluntad de los jefes políticos locales o nacionales. En el caso de México, la Ley Orgánica Electoral de 1857 fue apenas objeto de discretos ajustes a lo largo de las décadas siguientes, y no representó un obstáculo para las reelecciones del presidente Benito Juárez ni del presidente Porfirio Díaz, por ejemplo.

En 1917, sin embargo, dentro de la estrategia anunciada por Venustiano Carranza y abrumadoramente secundada por los diputados, se procedió a fortalecer la figura presidencial, dándole una base plebiscitaria a su origen. En su discurso del 1° de diciembre de 1916, Carranza mostró sin ambages los efectos del sistema plebiscitario que proponía: “Si se designa al presidente directamente por el pueblo, y en contacto constante con él por medio del respeto a sus libertades, por la participación amplia y efectiva de éste en los negocios públicos, por la consideración prudente de las diversas clases sociales y por el desarrollo de los intereses legítimos, el presidente tendrá indispensablemente su sostén en el mismo pueblo; tanto contra la tentativa de cámaras invaso-

ras, como contra las invasiones de los pretorianos. El gobierno, entonces, será justo y fuerte.”

En la actualidad, la elección indirecta del presidente no es una opción que pueda siquiera sugerirse. Conforme al desarrollo de los sistemas democráticos, no cabría plantear la supresión del derecho de los ciudadanos a elegir al presidente de la República. En cambio, sí existen otros mecanismos, como el gobierno de gabinete, cuya adopción ha proliferado en los sistemas presidenciales, que permiten distinguir entre las funciones de representación del Estado y las del ejercicio del gobierno. Ambas pueden recaer en el presidente, pero no confundidas. Los presidentes pueden seguir desempeñando ambas tareas, a condición de que, para no asfixiar al sistema representativo, se permita que el Congreso ejerza facultades de control sobre el órgano colegiado denominado gobierno.

Entre las varias causas que han generado la presencia de caudillos y dictadores en América Latina, figura el presidencialismo plebiscitario. El origen plebiscitario del poder presidencial, vinculado con la extrema concentración del poder, como sucede en México conforme a lo dispuesto por el Artículo 82 Constitucional, genera distorsiones que afectan los controles políticos ejercidos por el Congreso.

Ante la inminencia de una nueva elección en México, la falta de ajustes institucionales que atenúen la excesiva concentración del poder por parte del presidente implica riesgos para la supervivencia de la democracia. Como bien ha dicho Enrique Krauze, si no existen fórmulas de compromiso para gobernar, “todo puede suceder, y todo se puede perder en un santiamén”. Con la estructura actual, si el próximo presidente no contara con mayoría en el Congreso, que le permitiría gobernar a la antigua usanza, ni dispusiera de los instrumentos constitucionales para construir una coalición que lo apoyara, sus opciones primarias serían dos: renunciar de hecho, como lo hizo el presidente Vicente Fox, el ejercicio del poder, mantener la pará-

⁷ En la forma de elección del presidente influyeron dos consideraciones: la participación proporcional de los estados federados, y evitar conflictos entre el presidente y el Congreso. James Madison, *El Federalista*, 39.

lisis institucional por otros seis años, o aplicar el modelo bonapartista, ya utilizado en nuestro hemisferio por Alberto Fujimori y por Hugo Chávez, de hacer valer desde la presidencia la fuerza plebiscitaria de su origen, y convocar un nuevo Constituyente. Estas opciones no dependerán solamente de las intenciones de quien sea elegido; dependerán en mayor medida de una estructura constitucional que no ha sido modificada para consolidar la democracia en México. —

— DIEGO VALADÉS

HOMENAJE

LUDWIK MARGULES (1933-2006)

Ahora que te has ido, amigo Ludwik, lo menos que puede decirse es que dejas huella, tanto en el teatro mexicano como en una multitud de individuos con él relacionados. Un caso individual es lo que aquí me ocupa: a saber, el mío, por prescindible que pudiera parecer. Pues no hace mucho mi testimonio fue excluido de la película en tu honor, presumiblemente porque a alguien le sonó a blasfemia aquello del Papa polaco del teatro mexicano, y ahora veo mi nombre casi ausente de la síntesis periodística de tu vida y milagros —salvo en relación con el de *Las adoraciones*, con lo que de algún modo todo está dicho, ya que nuestra colaboración culminó en esa obra, que era por donde había comenzado.

En el principio fue Hamlet, o más bien los *Hamlets*: el que alguna vez ensayaste larga e infructuosamente, el que tiempo después Pepe Caballero me propuso escribir con la historia de Carlos Ometochtzin, cacique indio quemado por la inquisición. Hijo de Nezahualpilli, ahijado de Cortés, se prestaba al rol de mestizo cultural perdido entre dos aguas: ser o no ser indio, he ahí el dilema. Puse manos a la obra, agarrando vuelo con el pregón de los cómicos que otrora prologara tu *Hamlet*, y se hicieron las primeras *Adoraciones*,

que habrían de inspirarte *Los vencidos*, que armamos combinando escenas de la obra con documentos sobre la Conquista y la cultura indígena, a fin de que el espectador polaco se enterara del contexto. Hubo, desde luego, menos lugar para la crisis personal del protagonista, pasando éste a encarnar más decididamente la obstinada resistencia que la cultura conquistada opone a la colonizadora.

Doce años y otras tantas colaboraciones después —entre adaptaciones, traducciones y guiones cinematográficos—, las segundas *Adoraciones* retoman este planteamiento, al grado de que podría hablarse de una versión de *Los vencidos* para el público mexicano. Ometochtzin ya no duda si ser o no ser: sabe que es indio y quiere seguirlo siendo. Necesita actuar con cautela. Se emborracha, la pierde y termina en la hoguera, tras lo cual un cantar de la *Visión de los vencidos* nos traslada de su tragedia a la tragedia de su raza. No quedaba otro rastro del plano documental hasta que insististe en incluir un par de interrogatorios a los amigos y las mujeres del protagonista. Nunca acabé de convencerme de que tales inserciones fueran para bien del texto, pero la versión definitiva de la obra se publicó tal como la representaste, porque escénicamente tenía sentido.

En la antología de tu homenaje nacional (*Ludwik Margules con todo y pipa*) hablé de cómo nuestro método de colaboración se basaba en el cultivo de discrepancias. Pienso ahora que, para que algo así funcione, tiene que haber de entrada una concordancia en esencia, una misma fe —que en este caso vendría a ser la que se cifra en *Las adoraciones*: aun vencida y avasallada, el alma nacional sigue siendo lo que es, así en México como en Polonia. Allí concordamos, y poco importa que eso mismo nos llevara a detestar imperios diferentes, cuando aún había para escoger (discrepancia factible, por lo demás, de fructificar en el entendimiento de que todo imperio es detestable). Allí es donde más claramente advierto tu huella en mí: en el corazón de esa obra que hicimos entre los dos. —

— JUAN TOVAR

SENTENCIAS FRASES DE OCASIÓN

Dios arrojó al mundo, pudoroso y apenado, a los arquitectos para que techaran nuestro fraseo diario. No previendo los alcances inusitados de esta empresa, y tal vez



Ludwik Margules

Foto: Laura Cohen

llevándose la mano a la frente, observó cómo las construcciones no sólo influían en el estado de ánimo del visitante sino que afectaban su fraseología, incluso efervesciéndola. Ciertos espacios tienen la capacidad de encender y desatar frases. Esto se acrecienta si, a la redonda, hay un escucha o espectador disponible. Dejemos a un lado los bancos y oficinas, lugares donde se gestan locuciones familiares. Pensemos en los espacios donde el visitante puede sacar sus brillos: por ejemplo una librería o una sala de cine, ejemplos dignos y notables de lo que somos capaces de decir, quizá provocando estornudos en el cenit.

Un caso. Un muchacho selecciona en una librería una serie de ejemplares y, explicándole a su novia, con un trazo grueso y conciso, la literatura universal, le ahorra a su amada décadas de lectura: “Mira, Shakespeare es el del cuello blanco de holanes, medio afeminado. Wilde es el del trajecito, también amanerado, al que no puedes confundir con Kafka, también de traje y sin duda homosexual, porque a éste, el de la cucaracha, lo distingues por sus orejas puntiagudas. A Beckett lo reconoces porque se parece a tu primo Rafael. Borges es el más fácil de todos: es el único ruco. Y Cortázar, el barbudo, se parece al maestro de educación física.”

A la joven le basta este breve esbozo para elegir un libro, y a uno, para seguirlos con oído aguzado. Él, el muchacho, se pasea por la librería disparando frases y ademanes que le demuestran a ella, su novia, el conocimiento de ellos, los libros. Sus frases me traspasan, pop, la cabeza. Y, plup, una sentencia: las frases cimientan la efigie de nuestra mente. Un conversador revela su mente con los temas y palabras que escoge. Quien piensa dos veces un enunciado sabe que aquello lo edifica, y que le sirve para lucirse al máximo si está jugando en su propio territorio. Y, dicho sea de paso, la cabeza, si está de nuestro lado, hará sus mejores intentos por construir un monumento cuando se quiere que el espectador al que se dirige ponga su corazón de nuestro lado.

Dios echó, sonrojada y modestamente, a los arquitectos a la tierra para mostrar lo complejo de erigir un monumento habitable. Otro ejemplo: voy al cine, una pareja se sienta en las butacas contiguas. Él le demuestra a su novia, y a todos en la sala, que sabe reconocer en voz alta a todos los actores. Con audacia y sin rubores, enlista las películas en que han aparecido aquéllos detrás del estelar. Dado que se muestra diestro en el terreno, ella pregunta cosas que sin duda él, antes que la película, puede responder: “¿Lo van a matar?, ¿por qué se pone borracho?, ¿se va a suicidar bebiendo?” Ríen de las groserías en la pantalla y no de las que yo les dirijo por telepatía. Se me ocurre algo genial: me cambio de asiento, de fila, alejándome del guía de la película y acercándome a la ilusión del respeto. Hay que distanciarse, de ser posible a grandes zancadas, como lo hace el sensato en estas circunstancias. Una vez que el actor obedece al muchacho en la butaca y muere, una vez que la película termina, él, el muchacho, deja escapar algunas frases que ella, la película, le ha inspirado, para compartir su interpretación con ella, la sala.

Desear silencio en una sala de cine es igual que pedirlo en un salón de clases de secundaria. No hay esquina en el cine inmune a estas frases, que nadie se atrevería a decir en su casa, en pantuflas, sin contener el borbotón de carcajadas. Me paro, pop, del asiento. Y, plup, una sentencia: la afición por las frases sostiene la interpretación del cine y la literatura. Aquí, en el sitio público, el problema es el arrebató de la palabra espontánea que nos lleva a frasear a trompicones. Cada uno de nosotros, al asistir en compañía al cine, deja tras de sí una estela de oraciones que pueden parecernos naturales, pero, como sucede con un olor escandaloso, habrá quien las olfatee dos veces y quizá concluya estornudando. Lo mejor en estos casos es callar de buen grado y, en todo caso, opinar a distancia.

Si para entregarse a algo hay que hacerlo sin condiciones, se podrían coleccionar, por pasatiempo y si las

musas del zigzagueo lo permiten, estas frases. Es decir, ser espectador de los espectadores y lector de los lectores. Visitar estos recintos no para ver una película o comprar un libro, sino para observar. Una opción: si se tiene temperamento aventurero, proceda usted a memorizar las frases del espectador y teatralice y declámelas con orgullo suelto en esos mismos lugares.

Transcurre la misma cantidad de tiempo entre que a uno le parten, pop, el corazón, y un día, plup, allí está entero otra vez, que la que tornó a Dios proyectar, pop, a los arquitectos de una nube y advertir que las palabras, una encima de la otra, de un momento al otro, plup, construyen la idea de lo que somos, y alguien, acaso mordaz, acaso virulento, siempre está estornudando estruendosamente y otro observando con admiración cómo vamos elevando, pop y plup, un piso sobre otro. —

— BRENDA LOZANO

VISIONES LAS CATARATAS, LA SHOAH

Para Hugo Hiriart,
recién operado de cataratas

Padecer de “nubes en los ojos” es casi fatal conforme se avanza en la edad. Las nubes pueden ser superficiales —uno de los diversos males que opacan la córnea— o internas: la enfermedad que se cierne sobre el cristalino, esa lente natural oculta detrás de “la niña de los ojos” —el agujerito central del iris, el diafragma que es la pupila. El cristalino es blando: se hace automáticamente más o menos convexo, según necesitemos enfocar más cerca o más lejos —lo tensan o distienden los músculos ciliares que lo rodean y lo fijan detrás del iris—, y deja así pasar, en foco perfecto, las imágenes finas a la superficie del fondo del ojo, a la retina, con sus células sensibles y reactivas a la luz y los colores, los “conos” y los

“bastones”, gracias a los cuales tenemos visión central nítida y visión periférica semidifusa pero suficiente. Incluso tenemos, sin notarlo, una pequeña zona ciega en el campo visual, que marca el lugar donde llega al fondo del ojo el nervio óptico, el cual lleva a la corteza cerebral occipital las reacciones de las células retinianas —y allí, en la corteza occipital, todo eso se convierte en conciencia de la visión.

Tanta maravilla, ¿de quién puede ser obra? A ver, Hugo...

Al correr de los años, el cristalino se endurece: dejamos de poder enfocar de lejos y, sobre todo, de cerca, y nos servimos de anteojos para suplir su antigua función. Y también se opaca. Ya no vemos los colores en todo su esplendor. Ni las formas tampoco. Y como la cosa es gradual, ni cuenta nos damos. Pero si nos quitan quirúrgicamente (o, ahora, si nos desintegran, nos los “emulsifican” con altísimas ondas sonoras) esos cristalinos viejos, todo se arregla, máxime que hoy día nos colocan en su lugar pequeñas lentes intraoculares que sustituyen muy bien el quehacer que ellos realizaban cuando nuevos, y volvemos a ver de maravilla. Antes se perdía por completo la vista con la opacificación de los cristalinos, que se llama *catarata*. A través de las pupilas, los cristalinos se veían —se llegan a ver— grisáceos o hasta blancos: como nubes. Se perdía la vista física. Así le pasó, por ejemplo, a ese milagro que fue Juan Sebastián Bach. En las últimas semanas de su vida se quedó ciego, al parecer por cataratas. Un oculista inglés había tratado de abatirle los cristalinos, clavándole un punzón y punzándolos desde el borde inferior entre la córnea y la esclera —lo blanco del ojo—, y a través de la pupila, como se estilaba entonces, desde luego que sin anestesia. Fue inútil. No pudo desprenderlos. Pero, poco antes de morir, Bach recuperó la visión. Tal vez se golpeó accidentalmente la cabeza, y sus endurecidos cristalinos probablemente se partieron —se luxaron— y volvió a ver la luz. Él, hombre de fe, de hondísima fe cristiana, debe de haber atribuido el suceso a un favor de Dios.

Es imposible negarlo... de plano.

(Hubo sacerdotes ciegos por cataratas, ya viejos, a los que, celebrando misa, al arrodillarse con cierta torpeza y fuerza después de consagrar, se les luxaron los cristalinos y vieron de nuevo la luz y las formas. Eso pasó en España y el Perú; lo creyeron un milagro: se atribuye a San Agustín la frase “No se mueve la hoja de un árbol sin la voluntad de Dios”. A esto último reaccionaron con energía los jesuitas, insistiendo siempre en el enorme papel del libre albedrío, la libertad individual de la persona humana, con la que cada quien decide la conducta que lo salva —la caridad— o lo condena —la falta de caridad, de compasión, la soberbia de no reconocer al otro como igual, no advertir lo interesante que es; aparte de que esa conducta, la que salva, aunque no salvara a nadie —dijo más de uno—, es buena y es justa.)

También se puede perder o conservar otros tipos de vista. Hay, entre ellos, una vista moral. Me acuerdo de ti, Hugo, hablando de eso con otro nombre. (Me acuerdo de ti hablando de muchas cosas muy dignas de ser oídas, y con frecuencia gratisimas.)

Cuando los nazis trataron de imponer en Dinamarca las leyes de exclusión contra los judíos, el gobierno danés, en un extremo de osadía, no lo permitió, y con ello defendió a su población judía y la salvó, en muy gran parte, de la Shoah, del exterminio. Incluso se dice que el rey Cristián X, cuando se trató de forzar a los judíos daneses a llevar el brazalete con la estrella de David amarilla y la leyenda “Jude”, se puso él mismo uno de esos brazaletes, y salió a pasear a caballo así marcado, ante el entusiasmo de la gente de Copenhague. Esta anécdota, que me contaba mi padre con honda emoción (él era oculista —u oftalmólogo, como se dice ahora por influencia del inglés—, y me contó también lo de las cataratas, y otras cosas importantes), esa anécdota tan bella, te digo, parece que no es segura, que quizás no ocurrió. Pero lo seguro es que los judíos daneses recibieron una gran protección, muy arriesgada, y lograron salvarse en un elevado

número, mayoritario. Y también algunos judíos alemanes y de otras naciones que se refugiaron en Dinamarca.

Los que perseguían a esos hombres y mujeres y niños, para hacerlos sufrir brutalmente y matarlos, los que consideraban a esos seres humanos, hermanos nuestros, como gente que merecía esa persecución encarnizada, padecían la ceguera moral. No son los únicos que en la historia han hecho gala de esa monstruosidad, ni los últimos. Faltó quien les extrajera a tiempo los cristalinos del alma, endurecidos y opacos. Ante ellos, los Aliados, a costa del esfuerzo y la vida de cientos de miles y millones de luchadores —militares y civiles, la gran mayoría anónimos: sólo en la URSS, treinta millones de muertos—, reaccionaron haciéndoles una guerra sin cuartel: en el frente, en la fábrica de guerra, en la producción de apoyo, con la mera ayuda animosa. Sin cuartel porque así la plantearon aquellos ciegos morales.

Entre las lecturas de que he sacado provecho o placer (otro provecho), no pocas proceden de consejos tuyos. Y algunas son, además, libros que tú me has dado, mi buen Hugo. Hay uno que, gracias a nuestro querido Víctor Godínez —él nos lo consiguió, y lo leyó emocionado—, lo compartí, porque me lo sugeriste, con mi padre: *Perpetrators, victims, bystanders / The Jewish catastrophe* (Nueva York, Aaron Books, 1992), ese apretadísimo resumen que el gran historiador Raul Hilberg hizo de su enorme obra sobre la Shoah —que ahora ya está en español (*La destrucción de los judíos europeos*, Madrid, Akal, 2005, 1,455 pp.), y espero pronto llegue a México.

La historia se escribe —se lee, estudia y enseña— porque es interesantísima, y porque no es lícito olvidar. ¿Es lícito perder la vista? Los hombres también somos, en un grado por demás importante, lo que hemos sido —individual y colectivamente. Todo el tiempo somos eso: al hablar, al pensar, hasta soñando lo somos. (Entre otras cosas, yo he sido, soy y seré tu cuate. Y de Guita.) —

— JUAN PUIG